

es comun por regla general á todos los que trabajan disponiendo la materia inorgánica para los usos de la vida humana. No puede ménos de suceder así. Hasta cuando el hombre remedia aquellas necesidades que tocan á la parte animal de su naturaleza, se há como criatura *racional*. La propia conciencia de su dignidad como inteligencia criada, y el amor á la mejor parte de sí mismo le mueven justamente á imprimir el sello de su espíritu, las huellas de su razon en todas las cosas materiales de que se sirve para sus fines. De esta suerte la arquitectura, como la más excelente entre ellas, comprende una série innumerable de artes que dan á sus obras el atractivo de la belleza. No tomaremos sobre nosotros el trabajo, innecesario aquí, de enumerarlas: generalmente son bien designadas bajo el nombre de artes técnicas ó inferiores. Sus obras consisten de ordinario en partes ó fragmentos especiales de que há menester la arquitectura para completar las suyas como rejas, barandillas, estribos, etc., y tambien muebles, vasos y otros objetos de uso diario que es punto ménos que imposible clasificar. Los elementos de belleza que campean en estos trabajos, son, sobre poco más ó ménos, los mismos que quedan referidos. Las artes que se emplean en ejecutarlos no tienen ya aspecto de artes liberales, sino antes parecen mecánicas; bien que, como ya notamos (90), puede el ingénio infor-

mar las artes mecánicas y elevarlas á la dignidad de liberales embelleciendo en alto grado sus obras.

XXVIII.

Artes pseudo-bellas.

He aquí que con la llana de su fantasía estos obreros, aturridos por el orgullo, construyen cada cual su parte en la torre de Babel, teatro de su propia ignominia

RETVITZ.

159. Al echar una mirada á las *soi-disantes* bellas artes en nuestros dias, y al examinar, aunque no sea sino someramente, los manuales de Estética, eruditos ó no, en que nuestra literatura no escasea, podria alguno sentirse tentado á mirar como mal augurio la circunstancia de haberse mostrado entre los «hijos de los hombres», en la raza de Cain, los vestigios primitivos de la vida caleotécnica (1). Pero si bien se mira, de todos los bienes, disposiciones y facultades con que ha provisto tan liberalmente al hombre la bondad de Dios, no hay ni siquiera uno, de que el hombre no haya abusado; siendo de notar que en la presente materia los abusos confirman aquella antigua ley: *corruptio optimi*

(1) Jubal, descendiente en quinto grado de Cain, «fué padre ó maestro de los que tocan la cítara y órgano ó flauta.» Gen. V. 21.

pessima; cuanto es la cosa más noble y excelente, tanto es su corrupcion más odiosa. ¿Pues cuál entre los dones naturales de Dios es más precioso que las bellas artes? y ¿dónde ha llegado á ser la perversion más horrible que en los dominios de la «Estética» así especulativa como práctica?

Es harto magnífico el esplendor de la belleza y harto poderoso su ascendiente sobre el corazón, para que el génio del mal no haya hecho todo género de esfuerzos á fin de disfrazarse con sus encantos ordenándolos á sus miras. «La belleza en ninguna otra cosa consiste si no es en el bien»; «entre las bellas artes y la felicidad del linaje humano hay una armonía constante; y así no es posible que lleguen á ser nocivas, ni que nadie se recele con razon mal ninguno de su influencia»: verdades son estas evidentes para todos: la razon misma, el sentido comun nos las enseñan y no permiten acerca de ellas ni aun la más leve duda. Pero ¿y si el lobo se cubre tambien aquí con piel de oveja? ¿y si en la dorada copa se encierra el letal veneno? ¿y si «las obras clásicas de la literatura nacional y extranjera, impregnadas de la esencia que informa los *spiritus fuertes*» con frases bien cortadas, en versos bien medidos, en sentencias agudas, en ficciones «interesantes», encerrado todo en libros elegantemente encuadernados con tela inglesa y con grabados en oro, difun-

den las máximas de la corrupcion y de la impiedad? ¿y si bajo el trasparente velo de la «belleza plástica» y de la «pura forma estética» ostenta su faz desenvuelta la licencia? Esto no obstante aquellos axiomas siguen siendo axiomas; si bien por esta misma razon hemos de procurar con todo empeño no confundirlos con otras proposiciones que son falsas; y discernir el claro fulgor de la belleza de la fosforencia del vicio, y el verdadero arte de la ximia que lo parodia.

En las obras de las bellas artes la esencia es su mismo fondo, un objeto suprasensible de superior belleza, cuya vista nos hace placer; y como dotes que realzan esta belleza, se ostentan la novedad, la virtud expansiva, la gracia, la originalidad y la verdad filosófica no disminuida. La imágen ó el signo, medio sensible que representa al objeto bello, es lo de ménos monta, pues están reducidos á la categoría de elementos subordinados; las dotes que este medio debe de poseer, consisten en la belleza perteneciente al mundo corpóreo y en la perfeccion técnica conveniente. Cuando en una obra artistica se miran hermanados estos elementos, puédensele aplicar sin restriccion alguna aquellos axiomas. El arte que comprende su propia vocacion y procura responder á ella fielmente, el arte, decimos, que merece en justicia el nombre de bella, jamás causó ni aun el más leve detrimento; su accion no puede ser sino saludable; y así tanta

razon como para llamarse bella, tiene ciertamente para ser denominada buena, *ars bona*.

Todo lo bello agrada; pero no todo lo que agrada es bello. Allí donde solo buscan las artes entre los elementos constitutivos de la belleza que hemos distinguido, la hermosura y demás atractivos del medio externo, imagen ó signo; y consideran como propiedad esencial de sus concepciones no la belleza verdadera, sino la novedad, la *vis* cómica, lo sorprendente, y las otras excelencias que contrapusimos á la belleza; las artes que eso tan solo buscan, no pueden llamarse bellas, si no es que se toma esta palabra en sentido impropio: con más razon se las debería llamar, como ya hemos dicho, recreativas. Y de estas artes ya no se puede asegurar que su accion es de necesidad inofensiva. La verdadera belleza es siempre bien; pero al mal tambien le es posible producir entretenimiento y deleite, no cierto para la naturaleza *racional*, sino para aquella porcion de nosotros mismos que está inclinada al mal. Por cuya razon cuando en una de sus cartas decia Schiller: «Estoy convencido que toda obra artística debe darse cuenta de su propio fin á sí misma, quiero decir, á la norma especial de su belleza sin sujetarse á ninguna otra condicion» (1), sentó una proposicion absolutamente falsa. Las artes pro-

(1) En Vischer, Estética I. §. 59.

pia y verdaderamente bellas encierran por naturaleza en sus propias leyes esenciales las condiciones procedentes de la razon y de la fé; y segun es la mayor ó menor fidelidad con que las observan, así es el grado de perfeccion con que cumplen lo que se deben á sí mismas. Pero en boca de Schiller y aun de Vischer esa proposicion, formulada conforme á su idea de la belleza, se refiere á las bellas artes tomadas en sentido lato é impropio, por cuya razon hay que enlazarla con principios más altos que el de la norma propia de la belleza. En confirmacion de lo cual podemos traer por testigo al «gastador de la vida espiritual de nuestros tiempos», cuya autoridad en materias de Estética casi es reputada por infalible. «Nos mueve á risa el oír que en la antigüedad hasta las artes tenian que sufrir el yugo de las leyes civiles. Aunque si vale decir verdad, no siempre es justa esa risa. No se puede negar que las leyes carecen absolutamente de poder en materias científicas, porque el fin de la ciencia es la verdad, la cual es una necesidad del alma; y seria tiranía toda violencia, por mínima que fuese, empleada en orden á la satisfaccion de esta necesidad. Tocante al arte, su verdadero fin es el deleite, y el deleite no es cosa necesaria. De donde se infiere que al legislador toca determinar la especie y medida de este deleite» (1).

(1) Laokoon II.

Que sin vacilar asentimos á esta asercion de Lessing, aunque no á las frias razones en que la apoya, no hay para qué decirlo. Platon la demostró mejor. En su segundo diálogo sobre las leyes introduce al ciudadano de Atenas hablando de esta manera: «¿Por ventura el que halla deleite en canciones ó figuras torpes, padece algun detrimento? y por el contrario, el que busca sus deleites en cosas contrarias á esas, ¿va ganando algo por tal camino?» «Así parece al ménos,» responde Clinias de Creta un tanto perplejo. «¿Nada más?» continúa el ateniense, «¿pues no es antes cierto é inconcuso que las consecuencias en el primer caso son como si alguno viviese rodeado de hombres pervertidos y escandalosos en cuya compañía hallase contento en vez de repugnancia, por mas que se permitiese dirigirles alguna reconvencion aunque haciendo del que se chancea? Ciertamente que este tal al fin vendría á ser uno de tantos en cuya conversacion y trato se holgara antes aunque avergonzándose de alabarlos en público. Pues ¿qué desgracia mayor que esta se nos puede originar del comercio de los hombres?» Clinias conviene con el de Atenas, y este prosigue diciendo: «Así pues, ¿en un Estado regido de leyes buenas gozará entera libertad el arte, ahora use de un estilo grave, ahora de gracejos y agudezas? ¿le será lícito al artista mostrar á los hijos de sus conciudadanos lo que á él le place sin dársele más

por moverles á la virtud, que por imprimir en sus corazones la forma repugnante del vicio?» «Esto seria contra toda razon y buen seso» (1), responden unánimes los dos amigos, de Creta el uno, y el otro de Lacedemonia. «Pues esto sin embargo», añadió el de Atenas en tono de sentimiento, «esto se permite en todas partes, ménos en solo Egipto» (2). Hoy es, y las excepciones no son más numerosas. La honesta sabiduría de Platon se cuenta hoy entre «las causas vencidas»; de escrúpulos tales hace tiempo que estamos curados, primeramente de hecho, y más tarde, gracias á los esfuerzos de la Estética, por principios. Precisamente uno de los que asienta esta ciencia, es aquella ilimitada libertad del arte que ya los hombres de Lacedemonia y Creta juzgaban por contraria al sentido comun.

160. Pero dejemos este punto de las leyes á los que algun dia tendrán que dar estrecha cuenta de la culpa que cometen en no poner ley ninguna sobre esto. A nuestro propósito solo hace el mostrar la oposicion y contraste que con el arte verdadero presenta aquel otro á que hemos llamado su ximia. «Sin la sabiduría y la virtud», dice el noble conde de Stolberg, «el poeta no merece más ser estimado, que una mujer hermosa, pero á quien le falta el pudor. No

(1) Οὐτοι δὴ τοῦτο γε λόγον ἔχει.

(2) Plat. de leg. 1. 2. Bip. vol. 8. p. 65. Steph. 656. a. d.

advierde el primero, que en el hecho de consagrarse al vicio su talento, le degrada y menosprecia como una.....» (1). *Siempre pues que el artista mira á traspasar en sus obras los preceptos del orden moral*, bien sea en el fondo de ellas ó bien en el medio externo representativo (forma), tales producciones *no pueden ser obra de las bellas artes, sino de las artes horribles*. Ni el ropaje brillante, ni el disfraz de colores alcanzan á borrar la marca infamante; antes la bajeza desciende más todavía cuando se adereza con el engaño y la mentira, al modo que la meretriz de que habla Stolberg, se hace más digna de menosprecio con el afeite y falsa elegancia que gastan las coquetas.

No queremos privarnos del gusto de traer aquí para confirmar nuestro pensamiento un testimonio, que ciertamente no hemos menester, el cual á ciertas personas no agrada mucho ver á nuestro favor: el de Schiller. «De una teoría» dice este autor, «legítima y concluyente, resultaría que el libre deleite, tal como lo produce el arte, descansa por completo en razones morales; que la naturaleza moral del hombre se muestra íntegramente en él. Resultaría en segundo lugar que la producción de este placer es un fin que solo por medios morales puede ser alcanzado, y por consiguiente que para ob-

(1) Conversaciones atenienses (vol. 10.)

tener cumplidamente el placer, que es el fin del arte, tiene este que tomar el camino de la moral» (1). Ahora bien, ese resultado de «una teoría legítima del placer» y de «una filosofía del arte completa», anunciado en las palabras de Schiller, ese es cabalmente el término á donde con evidencia nos ha conducido el discurso en el presente libro.

161. Hemos dicho que á las artes pseudo-bellas pertenecen las producciones técnicas cuando en ellas se miran violadas las leyes de la Moral. Ahora añadiremos, para expresar con toda claridad nuestro pensamiento, que por «leyes del orden moral» entendemos pura y simplemente la moral cristiana. Porque no escribimos para judíos ni mahometanos, ni podemos tampoco tomar en consideración la especie, hoy día muy corriente, de que la Religión, como cualquiera otra teoría científica ó técnica, forma por sí una rama especial, y que para separarla de las otras ramas así de la ciencia como de la vida, nunca serán excesivas todas las fuerzas que se empleen, como tampoco será nunca suficiente el empeño por prevenir la influencia que la Religión ejerce en el ánimo cuando éste juzga de las demás cosas. La temeraria falsedad de estas especies no es ciertamente difícil de refutar:

(1) Sobre la causa del deleite en los argumentos trágicos. Vol. II, pág. 511.

pero aquí solo añadiremos que si de la puntual aplicación del principio que hemos sentado, resultase que las artes pseudo-bellas han sido más diligentes sin comparación que las bellas artes, la culpa será de los artistas y de sus tiempos, no nuestra. Toda obra de mano de hombre que reniega de las leyes de la vida moral, tales como el Cristianismo nos las enseña, en algún punto esencial, no es de suyo buena, sino mala, y lo malo carece absolutamente de belleza, pues es precisamente feo.

Mucho tendríamos que decir, si hubiéramos de caracterizar las diversas especies de producciones pseudo-bellas con todos los rasgos especiales que las marcan y distinguen. De muchas de entre ellas hemos discurrido, por lo ménos remotamente. Hablando en general es arte pseudo-bello el que hace sus obras bajo el falso supuesto de que la bondad moral no constituye una propiedad esencial de lo bello ni aun en aquellos casos en que lo bello hace parte por su misma naturaleza del orden moral (66); ó de que el mal puede llegar á ser sublime. Arte pseudo-bello es el que desfigura y expone á la execración ó al menosprecio instituciones sociales justamente respetadas por los siglos, cuerpos morales reconocidos por la Iglesia, nobles caracteres históricos; ó por el contrario, el que falsifica el sentido moral dando á ciertas abominaciones también históricas el aspecto de la grandeza

moral. Arte pseudo-bello es el que busca su inspiración en la antigüedad clásica, pero con el propósito de tomar de ella en lo que toca á la moral la corrupción que la devoraba, de su plástica el desnudo, de sus ideas apacibles y fáciles acerca de la vida la libertad, y de sus filósofos á Epicuro. Arte pseudo-bello es aquella literatura horriblemente fecunda, donde la ambición y la intriga y el egoísmo son enseñados, y aprobados el duelo y el suicidio, y considerados como acciones que ennoblecen al hombre y dignas de admiración y á una altura á donde no llegan ni el vituperio ni el castigo, el odio implacable, la venganza, la desobediencia, la rebelión contra Dios y contra los superiores puestos por Dios; aquel diluvio de libros y folletos que atacan la humanidad por su base, los cuales ora valiéndose del número y cadencia del verso, ó escritos simplemente en humilde prosa muestran la «felicidad», es decir, el tener muchos deleites sensibles y el contentar todos los apetitos, como el fin supremo del hombre, y pintan la soberbia y el engaño con los colores más brillantes, y á la sin vergüenza la venden por despreocupación y sencillez, y disculpan el adulterio y declaran por inocente el infanticidio, y sugieren argumentos viciosos á la incredulidad y al escepticismo, y celebran como virtud la indiferencia religiosa más completa; escritos tales que la Religión parece condenada en

ellos por innecesaria, sus máximas por exageradas, sus preceptos por imposibles, sus ejercicios y medios de santificación por dignos de menosprecio. En una palabra, arte pseudo-bella es todo trabajo estético engendrador de tendencias hostiles á las máximas de la Religión. Si la poesía es de suyo mentira, ha dicho Byron, échese á los perros; bien que hasta para los perros es mala tal mercancía (1).

162. Es de notar la actividad febril y en el mismo grado trascendental que despliegan los ministros del espíritu anticristiano en los do-

(1) Solo miramos aquí la tendencia del arte bajo uno de sus aspectos, el puramente moral; de los otros hemos hablado ya lo bastante. Por lo demás es un fenómeno notable que en el punto que el arte se degrada á sí mismo para servir al vicio, por ese mismo caso deja de guardar las restantes leyes caleotécnicas. Innumerables ejemplos pudiéramos poner que abonan esta observación; pero uno solo basta. Al tan admirado «Natan el sabio» de Lessing, le falta por completo verdad filosófica, por lo cual esta obra es absolutamente absurda. No podemos negar que algunos caracteres viles llevan nombres de pila; pero también es cierto que el Islamismo no forma almas tan nobles como Saladino y su hermana, y que la sublime virtud de Natan no es fruto que se da en la tierra de la ley vieja. Así las enseñanzas del abominable profeta, como la religión del dinero, son de todo punto impotentes para ordenar noblemente las costumbres y educar el corazón humano. Contra este hecho nada prueban las anécdotas y alguno que otro rasgo aislado de filantropía. En zarzas no se cogen uvas, ni los higos se crían en los cardos. Los principales caracteres en la ficción de Lessing no son pues sino hechos de orden contingente desprovistos de las condiciones esenciales de su posibilidad, efectos sin causa (106. 107).

Notable es cierto el hecho á que nos referimos, pero nada tiene de extraño ni sorprendente. Porque de falsas premisas no pueden salir sino falsas conclusiones; y la verdad no consiente nunca dejarse servir de la mentira.

minios de la comedia. Han escogido este terreno; y es indudable que la elección no deja de ser hábil. Propónense con este medio hacer efecto en la muchedumbre del vulgo, que, como es sabido, de ninguna otra cosa gusta más que de reír, ni con nada se divierte como con los entremeses y mogigangas, ni entiende nada con tanta facilidad como los chistes, ni devora manjar alguno con ansia comparable á su afán por las sátiras, alusiones y cuentos picarescos. Quisieron por este medio hacer despreciables las cosas santas, y poner los objetos más sublimes á los pies de los caballos, y salpicar de lodo toda verdadera grandeza: ¿qué cosa mejor para este intento que aquella frivolidad que estudia el modo de entregar á la burla lo que hay de más digno de ser honrado tornándolo en asunto de «candorosa» alegría, de amable «juego», de sonrisa «inocente»? Porque es de notar que el ridículo hace contraste con lo bueno, con lo grande, con lo bello (86) sin tener por esto la odiosa fealdad de lo malo. El ridículo, continuado y usado sin miramiento ni respeto alguno, obra á modo de sutil veneno, á saber: disolviendo, disipando, desorganizando; y su acción disolvente llega á los principios y obras más altas y solemnes de la vida, y tiende á acabar con la fuerza del sentimiento moral.

«El gracejo chistoso tiene guerra declarada á la belle-